

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.79189>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Wark, McKenzie, *El capitalismo ha muerto. El ascenso de la clase vectorialista*, Barcelona, Holobionte Ediciones, 2021, 240 pp.

McKenzie Wark, la celebrada autora de *Un manifiesto hacker*, se ha dedicado en los últimos años al estudio de diversos temas en torno a la teoría política y la crítica cultural desde la cátedra en Estudios Culturales y Medios de Comunicación que ocupa en el Lang College de la New School for Social Research de Nueva York. Este libro, *El capitalismo ha muerto. El ascenso de la clase vectorialista*, reafirma a Wark como una de las voces más privilegiadas para hablar de los problemas aparejados a la era de la información.

Wark propone una visión poscapitalista muy personal. La tesis principal de fondo, esbozada desde las primeras páginas, es que se ha producido una contradicción en el seno de los que aspiran a ostentar el poder. Si tradicionalmente las clases dominantes lo eran, precisamente, por manejar algún tipo de bien escaso (la gracia divina, la propiedad, los medios de producción, etc.), ahora nos encontramos con que para mantener la desigualdad de clase hay que bregar y manejar algo extremadamente abundante; a saber, la información. Esta contradicción resulta irresoluble, lo que daría paso a un nuevo modo de producción aún más salvaje que el capitalismo, ajeno ya a los mentados bienes escasos tradicionales, donde el dominio se consigue por otra vía: «la clase dominante de nuestro tiempo es la que posee y controla la información» (p. 15), lo que no implica que los modos de producción precedentes se hayan borrado de un plumazo, por supuesto que conviven y se solapan; de hecho, incluso la esclavitud continúa vigente en algunos territorios.

Si analizamos las principales empresas a nivel de capitalización, nos encontramos que todas siguen este nuevo modelo de negocio, que pese a mantener las injusticias capitalistas explicadas por los modelos clásicos (sobre todo en lo que respecta a la precariedad de sus trabajadores), añade una nueva de corte epistémico: desarrollan un proceso de extracción de información que va más allá de aquellos que trabajan para la empresa, afectando a los compradores, quienes no reciben ninguna contraprestación por su trabajo (el caso Alexa es flagrante). Y este modelo, decimos, ya no atañe únicamente a las empresas tecnológicas, sino que se lo han apropiado todas las demás. La información es el patrón oro de nuestro tiempo. Es precisamente, entonces, este modelo de extracción de la información el que quiere

pensar Wark, dejando entrever que quizá nos hemos atascado creyendo que cualquier nuevo fenómeno brota de una esencia sempiterna del Capital.

De este modo, parecería, a raíz del nuevo modo de producción, «un nuevo tipo de clase dominante: la clase vectorialista» (p. 22). Aceptar esto podría resultar difícil para aquellos que se han quedado con lo que, irónicamente, Wark llama *el mayor hit de Marx*: ese mito que se caracteriza por una serie de notas atribuibles al capitalismo realmente existente a manera de racimo (extracción de plusvalor, forma-mercancía, la disminución prolongada de la tasa de ganancia, etc.), las cuales son vistas tal que cualidades esenciales, y por unas oposiciones (bien las contradicciones internas del capital —o en la versión ave fénix schumpeteriana: la «destrucción creativa»— bien una antítesis que, dialécticamente, se opondría a aquella sociedad que la hizo surgir, el proletariado), que se entienden como las únicas formas de derrumbar su esencia. En tiempos más recientes se ha ensayado teóricamente un tercer camino: el camino de la aceleración. Lo verdaderamente sorprendente es que este mito, esta creencia en una esencia sempiterna del Capital con diferentes apariencias, incluso apariencias *mejores*, es común a izquierda y derecha. Ahora bien, la vía que va a explorar McKenzie Wark es la contraria: plantear que lejos de que este sea un capitalismo *a mejor*, «aquí van las malas noticias: esto ya no es capitalismo, se trata de algo peor. Y las buenas noticias: el capitalismo no es eterno y, aunque este modelo de producción pueda ser peor, no es para siempre» (p. 44). Se trata, pues, de una actitud propositiva, que intenta sacarnos del bloqueo del realismo capitalista mapeado por Mark Fisher. Para ello, nos hace falta actualizar nuestro lenguaje a las tesis de nuestro tiempo.

Wark propone, mediante el método debordiano del *détournement*, empezar no por el capitalismo, que sería como presuponer que es lo que hay, sino en el inicio de la madurez intelectual del propio Marx; es decir, con el texto sobre los modos de producción que sirve de apertura a su *Contribución a la crítica de la economía política*. En él se describe cómo es la infraestructura la que determina la superestructura; o sea, cómo el modo de producción de la vida material (las formas de organización socio-técnica) confecciona la ideología social. Pero la formación social determinada por el modo de produc-

ción capitalista parece no ser, como pensaba Marx, el último eslabón de la cadena.

Ha surgido una nueva fuerza de producción, la información; la extrañeza de sus propiedades ontológicas provoca «un enigma dentro de la forma mercancía» (p. 58), ya que, al contrario de la escasez ínsita en la mercancía, la información es algo cuya abundancia es desbordante. Si esto es así, de aquí deberían emerger unas nuevas relaciones de producción mediadas por la privatización de la información (leyes de propiedad intelectual), lo que vendría a conformar a su vez una nueva relación de clase. McKenzie Wark asumirá que, en efecto, eso es lo que ocurre: «vamos a llamar a esas dos clases la *clase hacker* y la *clase vectorialista*» (p. 60).¹ La clase hacker es la que produce nueva información o, afinando más, produce nueva información a partir de la antigua (como en el verso de Eliot, echa leña vieja al nuevo fuego), sin embargo, no se halla constreñido al horario de la fábrica, como le pasaba al proletariado tan bien retratado en aquellas películas de Chaplin, sino que esto «sucede cuando sucede» (*ibid.*), virtualmente en cualquier momento (incluido, claro está, aquel en el que uno no está trabajando), y aunque aquello que produce puede seguir siendo suyo (de su propiedad, digamos) resulta extrañísimo que «[retenga] la mayoría del valor de lo que crea o inventa» (p. 62). La picadora de carne se sitúa ahora en cualquier lugar y en cualquier tiempo; ha habido un trastocamiento: «la clase capitalista se come nuestros cuerpos, pero la clase vectorialista se come nuestros cerebros» (p. 79).

Lo anterior no significa, como ya comentamos más arriba, que las opresiones de clase tradicionales se hayan extinguido; al contrario, Wark entiende que nuestra formación social es un híbrido de tres capas dominantes y tres capas dominadas: entre las primeras están los terratenientes, los capitalistas y los vectorialistas; entre las segundas, los agricultores, los trabajadores y los hackers. Eso sí, la capa vectorialista se situaría por encima, manejando a su antojo los hilos de todas las demás, y habría dado paso a un cambio cualitativo, con novedosas vías de dominación, de extracción de beneficios, etc. Por ejemplo, «en lugar de vigilar o restringir la libre creación, esta otra estrategia consistía en desplazar su captura a un nivel más abstracto. La producción de información puede ser subcontratada como mano de obra gratuita, con personas que trabajan pero a las que ni siquiera es necesario pagarles. (...) Este nuevo tipo de clase dominante no se apropia de una cantidad de la plusvalía, sino que más bien saca provecho de una asimetría de la información» (p. 74). Su valor se obtiene incluso del trabajo gratuito.

Como vemos, esta nueva clase no se basa en la posesión de los medios de producción, sino en el monopolio de los vectores informacionales (ubicaciones, redes sociales, realización de transacciones, control de la atención y un largo etcétera); o sea, «poseen los algoritmos

que clasifican y asignan una información particular en una circunstancia particular» (p. 75). Y es precisamente esta cualidad lo que les permite dominar no solo a las clases dominadas, sino, paradójicamente, también al resto de clases dominantes, dado que las subsume, es más abstracta que cualquiera de ellas. Pero ¿qué es esta información? Wark señala que «la información es una relación entre repetición y novedad, orden y ruido» (p. 102), esa novedad se sostiene gracias a la clase hacker. Y, precisamente, la clase dominante, que ya no maneja ni posee de manera directa los medios de producción (deja, pues, de administrar realidades tangibles), se convierte en la administradora de la información: «esta nueva clase controla o posee la información sobre las cosas, en lugar de las cosas mismas» (p. 123) como ocurría con la clase capitalista.

La pregunta que se plantea Wark es, en términos de Weber, por qué la racionalización de la producción de información no iba a traernos un nuevo antagonismo de clase. Este sería, como venimos subrayando, el antagonismo entre vectorialistas y hackers, en el que cabe rastrear las tres características propias de los antagonismos; a saber, propiedad, autoridad y experticia: «emerge en primer lugar de la racionalización de la, así llamada, ley de propiedad, que cada vez más incluye a la información como algo muy cercano a la propiedad privada. La dominación vectorialista sobre todas las clases subordinadas está sostenida por la automatización de las relaciones de autoridad, que toman la forma de vigilancia generalizada y cuantificación. (...) [Asimismo,] el ascenso de la clase vectorialista cambia el tipo de titulaciones o calificaciones que parecían tener valor para el poder de clase» (pp. 115-116). Pero además, Wark aduce que existe una *dimensión técnica* en este antagonismo, la cual consistiría en un poder algorítmico que brota de una asimetría en la información capaz de sesgos no solo de clase, sino también raciales o de género; es decir, que el poder algorítmico codifica nuevas modulaciones de la dominación. Consecuentemente, la autora se solidariza con un pensamiento *acomunista*, en el que «el prefijo *a* simplemente significa ‘sin’, y no ‘contra’» (p. 213), en tanto que el binomio capitalismo-comunismo ha quedado, en cierto sentido, fuera de juego.

En la obra de McKenzie Wark encontramos, igualmente, hondas reflexiones sobre la evolución científico-técnica en Oriente y Occidente, el Antropoceno, la relación entre la conciencia y el afuera (el sujeto y el objeto), las diferentes tradiciones marxistas, una apuesta por el «marxismo vulgar» frente al «marxismo gentil» en vistas de imaginar un futuro, o, incluso, realiza un pequeño análisis de la película de Raoul Peck *El joven Marx*. Todo ello encaminado a responder a esa pregunta: ¿ha muerto el capitalismo? Pese a que es consciente de que «nadie quiere abandonar la certeza de un mal que ya conoce, o que cree que conoce, por algo que promete ser todavía peor» (p. 44).

Óscar Díaz Rodríguez.
odiaz01@ucm.es

¹ Cabe recordar cómo entiende McKenzie Wark lo que es un vector: «Una mercancía, hoy en día, no es más que un vector, un potencial solamente culminado mediante la interfaz de tu teléfono, tu tablet o tu ordenador» (p. 27).